

CINNA LOMNIZ AROSFRAU*

Palabras del Dr. Cinna Lomniz Arosfrau durante la ceremonia de entrega de los Premios Nacionales de Ciencias y Artes 1995, el 15 de diciembre de 1995*

Desconozco cuantos de ustedes hayan tenido la oportunidad de tratar a la ciencia mexicana o a miembros de nuestra comunidad científica con alguna familiaridad, o conozcan de cerca algunos de los problemas que nos plantea la actividad científica en México. Es permisible suponer, sin embargo, que su presencia aquí expresa el deseo de honrar esta actividad singular y de promover su arraigo en nuestro país.

Pero ¿existe acaso una ciencia que pueda llamarse mexicana? Nadie duda de que haya una literatura mexicana o una pintura mexicana pero ¿una ciencia? ¿Porque existiría una ciencia específicamente mexicana, cuando precisamente esta empresa, entre todas las del espíritu humano, es la mas universal? El teorema de Pitágoras ¿acaso pertenece a un país determinado? ¿No es aceptado por los católicos y los protestantes, árabes y judíos, hindúes y musulmanes, irlandeses del sur e irlandeses del norte? Pero si Pitágoras es universal, ¿no lo son también Galileo y Chandrasekhar, Kolmogorov y Darwin, Pasteur y Einstein? ¿Qué caso tiene entonces construir una ciencia mexicana?

Se ha esgrimido el socorrido argumento utilitario, según el cual la ciencia es la madre de la tecnología que a su vez es la nodriza de la industria. Pero en nuestro país estas musas del desarrollo hace tiempo que viven separadas. Los motivos se pierden en las arenas movedizas de la política y no interesan para lo que quisiéramos saber, es decir, si existe o no una ciencia mexicana.

Los filósofos analíticos, tales como Russell y Carnap, argumentaban en base a la universalidad de la ciencia para concluir que no hay tal ciencia nacional. La ciencia, decían, es objetiva. La verdad científica es una sola y no depende de los compromisos políticos, nacionales, religiosos, éticos o personales del científico ni de los de su entorno. Hasta hace 20 años, esta propuesta era ampliamente aceptada. Hoy ya no es el caso. Los críticos como Thomas Kuhn nos hicieron ver que los hallazgos científicos no eran tan objetivos como se creía, y que de hecho era inseparable del planteamiento de ciertas preguntas cruciales. Lo que antes solía llamarse verdad científica depende mucho de la forma de interrogar a la naturaleza; y todo cuestionamiento resume las necesidades y los deseos del científico y de la sociedad que los proteja. Así pues el resultado de nuestra investigación ya no puede llamarse verdad a secas, ni siquiera verdad científica relativa, sino a lo sumo un modelo posible de la realidad.

Si esto es así, acaso no constituya una irrelevancia el hecho que el científico que les habla tuviera venido de un país lejano para encontrar aquí en México sus raíces y su identidad. Ser mexicano no es, no puede ser para nadie y menos para un científico, un hecho tan trivial como el haber nacido en un lugar determinado de nuestro planeta; tiene que haber algo más. Y así en efecto, ser mexicano constituye una reconciliación difícil y casi milagrosa entre dos opuestos. Significa ser simultáneamente autóctono y universal. No importa que hubiéramos heredado esta nacionalidad de nuestros antepasados o la hayamos adquirido por el otorgamiento generoso de sus leyes. Lo que importa es el grado de fusión que hayamos logrado entre lo mexicano autóctono y lo mexicano universal.

Esta fusión representa, por una parte, una síntesis ente la herencia europea y la indígena. Pero la cosa no termina ahí. Ya los antiguos aztecas sabían de la dualidad de la cultura. La resumían con la dicotomía In Xochitl in cuicatl, binomio nahua donde la flor-xochitl-representa lo autóctono, lo que arraiga en la tradición y florece en la creatividad, mientras que el canto uicatl-representa lo universal, lo que no tiene fronteras y se propaga en la libertad. La síntesis entre ambos polos de la cultura proteja al ser mexicano ideal del que se ha dicho que es yollotetl, yollotlacvac, ixtlamati, ixehyoll corazón de roca, rostro sabio, una sola cara, un solo corazón. Esta paz interna, esa fuerza de quién sabe de dónde viene y adónde va, esa unidad de propósito y de acción se logra solamente a través de la búsqueda de flor y canto, de un ideal superior y colectivo.

Para mí este ideal se llama ciencia. Pero no es simplemente una ciencia cualquiera extraída de los libros o de lo que hicieron los grandes genios, por muy admirables que puedan ser los logros de los gigantes que nos han precedido. Hoy nos subimos sobre sus hombros para ver más allá que ellos. ¿Y qué vemos?

Vemos comunidades científicas activas en todos los países. La nuestra tiene apenas 3,000 miembros, miembros regulares del Sistema Nacional de Investigadores. Nuestra contribución científica es proporcionalmente comparable a la de Japón o la de Estados Unidos; pero eso no es lo que importa. Lo importante es saber si la ciencia que aquí cultivamos es o no es mexicana. Si no lo fuera, su relevancia será merecidamente escasa. Si lo fuera, por poquísimos que seamos, es tiempo que nuestra actividad trascienda y se refleje en la realidad nacional.

La fusión entre lo autóctono y lo universal es inevitable en toda actividad. Nuestra labor no se realiza en el vacío. Valga un ejemplo personal. Cuando la catástrofe sísmica del 85, tuvimos que rendirnos a la evidencia que existían lagunas en nuestro conocimiento de la realidad física y social mexicana. Necesitábamos reflexionar mucho más sobre la causa de la destrucción y de por qué se habían caído precisamente los edificios de tipo importado, que representaban la modernidad ya que se basaban en modelos provenientes del mundo desarrollado. Quienes fundaron esta ciudad de México solían referirse a ella metafóricamente como In atl in téptl, el agua y el cerro. Para ellos la ciudad era agua y cerro al mismo tiempo. Hoy queda el cerro y el llano; el agua ha desaparecido, pero ¿no será una mera apariencia? el agua allí está, bajo nuestros pies. La tierra que sustenta esta ciudad, el lugar histórico donde nació nuestra nacionalidad sigue siendo en un 90% agua. Caminamos sobre agua y no la vemos pero el sismo sí la ve y la percibe como tal. De esta intuición surge una pregunta científica que no es otra cosa que una nueva forma de comprender la realidad. Una nueva manera de ver y mirar el problema sísmico. Si yo fuera poeta el resultado serían versos y no ecuaciones. Algo similar ocurre cada vez que un científico mexicano empieza una investigación original.

Por eso hay una ciencia mexicana. Tiene que haberla. Nuestras herramientas teóricas y metodológicas son herencia universal, pero el cuestionamiento específico es necesariamente autóctono porque surge de nuestra sociedad, de nuestra historia, de desenterrar los misterios de esta tierra que es agua y es monte al mismo tiempo, ni el secreto de estos cerros enterrados que nos rodean y continúan surgiendo del magma profundo. Seremos científicos mexicanos quienes con responsabilidad indeclinable habremos de interrogar la realidad para el progreso de nuestra sociedad. Ser universales es importante pero hoy tenemos que atrevemos ha ser autóctonos y hasta un poco localistas. Subámonos a los hombros de Pitágoras y de Einstein para ver más lejos y hasta el fondo de nosotros mismos ya que nuestros problemas reclaman soluciones audaces y sinceras. Sólo sabiendo unir lo universal con lo autóctono seremos buenos científicos, y siendo buenos científicos fieles a nuestra vocación acaso llegaremos también a perfeccionar el alto ideal de los antiguos humanistas, fundadores de nuestra nación: in amacic oquichtli, el hombre realizado.